

José Alberto Bernardeau

HACE muchos, muchos años, año más o año menos, sucedió una historia en Ceutí, de esas de amor con un triste final, en la que tuvieron mucho que ver los avatares de la época, aunque con unos ingredientes que todavía se saborearon por estas tierras hasta no hace mucho.

Una joven pareja llevaba ya unos años bastante enamoriscada; él tirando los tejos y ella recogiénolos, aunque, eso sí, a mucha distancia, no sólo porque entonces se comenzaba así antes de presentarse el mozo al padre de su novia, sino porque los padres de Inés, que así se llamaba ella, no querían a Jofre «el divo», que de esta otra forma llamaban y apodaban al muchacho.

No tenemos suficientes referencias sobre la forma de ser de los novios, pues esta historia, al igual que otras muchas transmitidas de palabra, es parca en detalles sobre los protagonistas y se ciñe casi estrictamente a los crudos hechos. No sabemos tampoco sus apellidos ni ascendencia; ¡y más nos vale!, pues éstos podrían llevarnos hasta algún coetáneo vecino, y ¿quién sabe si a nosotros mismos?

Sucedió pues que, bien fuera para saciar el amor prohibido o por puro despecho hacia los carceleros de su amada, Jofre convenció un día a Inés y se la llevó a Alguazas, en donde cumplió al pie de la letra con lo que a la usanza significaba «llevársela».

En el pueblo se comentó el evento tanto tiempo como el acostumbrado ante estos peculiares viajes, ni un día más ni un día menos, hasta que la pareja se presentó en Ceutí, más ostensivamente que

se había marchado, y se dispuso a instalarse en casa de los padres de Jofre.

Cuando la familia de Inés se enteró, el padre de ésta no lo dudó y, junto con algunos allegados varones armados se presentaron frente a la casa de Jofre y reclamaron, con la bili contenidas, a la desposada, para ellos mancillada doncella.

La historia podría haber tenido aquí mismo un desagradable epílogo si no hubiera sido porque la prudencia, la de los padres de Jofre, llevaron a éste por sosegado camino y le convencieron para que dejase ir a Inés: que ya se arreglaría todo y que volvería con su novia.

Pasaron, los días, y los años, pero aunque el tiempo consigue normalmente disipar el humo que queda tras los enfrentamientos vecinales, que no con todos los rescoldos; la frustración de Jofre pasó a rabia contenida y de ahí a un ansia de despecho que bien se ocupó él de exteriorizar con toda la ironía que le permitió desembuchar su onnubilada mente.

Alguien cuenta que su frase favorita era: «me han quitado a la novia, pero después de disfrutarla» y frases tales que la maledicencia popular siempre se ocupaba de que llegaran a oídos de la familia de Inés, así como otras muchas, tan precisas como hirientes, no siempre salidas de los labios de Jofre.

La verdad fue, o al menos se dice, que esa fue la verdad, que Jofre dio rienda suelta a sus sentimientos hasta tal extremo que un día en que se cruzó por la calle con el hermano de Inés, Ramiro, le espetó a éste en plena calle «aquí llevo la honra de tu hermana», al mismo tiempo que se señalaba sus partes pudendas.

A los pocos días Román fue al encuentro de Jofre y le apuñaló cuando éste caminaba por una calle, que muchos aseguran que era una de las que por entonces llegaban a lo que hoy llamamos el Alto.

Como dijo el poeta: «clara la pena y oscura la historia», pues al llegar a este triste desenlace nadie se acuerda que fue exactamente de Román. Si fue enseguida detenido, si se entregó y, lo que hubiera ilustrado algo más esta historia, si el enfrentamiento entre las familias de éste y de Jofre «el divo» llegó a otros extremos.

Parece ser que el crimen se saldó con la estancia del autor unos pocos meses en la cárcel, ya que alguien importante intercedió por Ramiro, que militaba en una Orden de Caballería de gran raigambre por entonces en España.

Eran momentos de gran convulsión en todo el territorio nacional, al parecer una revuelta de las gentes del campo y de la huerta, que culminaron en el aplastamiento de éstos por parte de los señores, así como en otros derroteros con aderezos ideológicos, sociales y por añadidura personales, que cíclicamente se repitieron hasta no hace mucho en España, y por ende en Ceutí.

Con los años de la guerra Civil y, aunque lejos de los campos de batalla, en Ceutí se experimentaron muchos cambios, de acuerdo con las circunstancias, entre otras el nombramiento del hermano de Jofre como corregidor del pueblo.

Ramiro andaba por aquellos días algo temeroso, pues la venganza que siempre había temido tras regresar al pueblo después de salir de la cárcel, fue haciéndose más y más notoria, tanto en las advertencias de sus amigos como en los gestos de sus enemigos. También es verdad que las premoniciones sangrientas encontraban

por entonces oídos muy receptivos, hipersensibilizados éstos por las nuevas que llegaban de los campos de batalla y de los asedios a los castillos y por rumores, menos oficiales, sobre lo que se fraguaba en los pueblos de España.

Sin embargo, el hermano de Inés no sabía a ciencia cierta de dónde podría llegarle el castigo y, en lugar de marcharse del pueblo, dejó pasar el tiempo ocupándose minuto a minuto de desenmascarar la trama que lo acosaba para tratar de adivinar la cara de su potencial agresor, escondido bajo una capa con tintes tan personales como de clase social. Por otra parte, ¿adónde ir?

Los malos auspicios no lograron de forma alguna detener el tiempo de espera, sino hacerlo espeso y lento hasta que un día en que Ramiro iba por la carretera de Archena, tratando de aprovechar las horas de la siesta para ocultarse de sus fantasmas sin rostro, vio a dos alguaciles en la plaza Nueva con aires de acechar algo. Sin pensarlo dos veces, tuvo la certeza de que era a él al que buscaban y salió corriendo huerta a través, para tratar de llegar al caserío que por entonces era Los Torraos, en donde el señor era amigo de su familia.

Los guardias, a los que al parecer motejaban como el «Galván» y el «Moyano» salieron corriendo tras él y antes de que pudiera alcanzar la puerta, Ramiro cayó muerto de un tiro de escopeta.

El temor a ver demasiado, que no al sesteo, interrumpido por el pistoletazo, impidió a los vecinos acudir al lugar del crimen y apenas hubo alguien que osó acercarse a su venta para escudriñar, entre las rendijas de los postigos, cerrados con rabia para evitar la intromisión de los vapores del estío.



Durante los días, semanas y meses siguientes, el muerto hizo del pueblo su propio sepulcro, y el vecindario calló.

Tan sólo se oyeron unas pequeñas voces: en unas aceras se murmuró que

el «Galván» sólo había tratado de amedrentar a Ramiro y que se le escapó un disparo; en otras aseguraron que al alguacil le prometieron dos tahúllas por quitar de enmedio a Ramiro y que bien se las ganó.